

LOS JUEGOS EN LA DETECCIÓN DEL ABUSO SEXUAL INFANTIL

María Cecilia López



EDITORIAL
MAIPUE

PRÓLOGO

Verdades indemostrables, historias increíbles, recuerdos fantasmagóricos, lo improbable, tabúes familiares y sociales, lo reprimido y bloqueado por todo el mundo, secretos impensados, el horror del holocausto personal y el grito ahogado del trauma se infiltran en el juego del niño/a abusado/a. Los secretos circulan entre sus inocentes muñecos articulándose en una ficción reflejo de realidades que desafían cualquier fantasía y se entremezclan por entre la sexualidad y la muerte, por entre lo grotesco. Los niños/as no son simples niños/as y sus juegos no son simples juegos cuando los observamos de cerca, cuando no los subestimamos. Es que si nos bajáramos de nuestra propia ficción caeríamos en la cuenta que aquellos muñecos de los cuales solemos burlarnos somos nosotros mismos proyectados en el escenario que los más pequeños/as suelen montar en el rincón más insignificante de nuestras casas. Muchos de los juegos se estructuran como verdaderas obras de teatro: tienen un guión que cuenta una historia con una introducción, un desarrollo y un final. Los niños/as nos invitan siempre a sentarnos en la primera fila; aunque, vaya uno a saber por qué, tantas veces los evadimos con urgencias, con excusas. Hay que tener coraje para ser espectador del juego de un niño/a. Pero no solo las madres y los padres deben armarse de valor, también los psicólogos dedicados a ayudarlos en sus conflictos. Saber decodificar un juego no es una ciencia del otro mundo, tan solo se necesita de un poco de agudeza perceptiva; pero, decodificar el juego de un niño/a abusado/a produce miedo. Al menos yo no puedo entenderlo de otra manera. No es normal que entrados ya en el siglo XXI no exista casi ningún psicólogo/a especialista en niños/as que haya abordado claramente y sin “pulgas” en la pluma el tema del juego en el niño/a abusado/a sexualmente en ninguno de sus libros más que con alguna que otra viñeta clínica recortada de todo contexto, perdida y entremezclada por entre teorías explicadas con un lenguaje tan sofisticado que hasta el lector más avezado en el tema se ve necesitado de un diccionario. No es normal que en tantos congresos, seminarios, cursos y conferencias de los psicólogos especializados en psicoanálisis infantil haya una predilección y un empeño desmedido por encontrar explicaciones basadas en teorías edípicas ancestrales a cada uno de los juegos que reflejan el pedido de ayuda desesperado de un niño/a

abusado/a. Quiérase o no, lamentablemente estamos insertos en un contexto histórico regido por una pandemia de abusos sexuales en la infancia. Estadísticas realizadas por Unicef basadas en encuestas realizadas en Latinoamérica hablan de cifras inimaginables: al menos 2 millones de niños/as son abusados/as sexualmente cada año; o sea, 228 por hora, 4 por minuto o, lo que es lo mismo, 1 cada 15 segundos. Sin embargo, aún existen psicólogos, pediatras, psicopedagogos y otros profesionales especialistas en niños/as, que tras años del ejercicio de su profesión tienen la suerte de jactarse de jamás haberse topado con un pacientito abusado. No hay peor ciego que el que no quiere ver. A veces resulta mucho más tranquilizador pensar que existe una exageración por parte de quienes sí damos crédito a las palabras de los niños/as y escuchamos las historias que nos cuentan en sus juegos sin discriminarlas, desestimarlas ni distorsionarlas para que encajen en nuestra idea de lo que el mundo debería ser. El abuso suele quedar invisibilizado ante las expectativas que tenemos acerca del mundo y de la vida, y eso los niños/as víctimas lo perciben. No es casualidad que tantas veces ellos callen lo que padecen o digan su secreto de forma “disfrazada”, de forma simbólica. Los niños/as abusados/as temen hablar no solo porque han sido amenazados por sus agresores/as o porque tienen poca comunicación en sus hogares sino también porque viven insertos en un contexto socio-cultural hipersexualizado en donde está mal visto ser débil, no ser feliz a toda hora, ser un perdedor/a. Confundidos/as y desorientados/as, suelen sentirse más a gusto en el mundo de los muñecos/as y juguetes, un mundo en donde pueden poner sus propias reglas, impartir justicia, encarcelar a los malos y premiar a los buenos, vengarse, cumplir sus deseos, recuperar la dignidad perdida. En el juego, ellos, que han sido convertidos en objetos de placer de otro, vuelven a constituirse en humanos. El problema está cuando los adultos olvidan que jugar es algo serio, que es más que puro entretenimiento. El espacio lúdico se consagra como sagrado cada vez que un niño/a abusado/a lo defiende a rajatabla imponiéndose con un berrinche cuando su madre lo invade con exigencias banales y superficiales en comparación con sus reales necesidades. ¡Cómo hacerle entender a un niño/a abusado/a que es más importante colaborar en la limpieza de la casa cuando se halla sumergido en un juego a través del cual está curando las heridas de su trauma! El abuso sexual es considerado por muchos autores como un balazo al aparato psíquico y quienes cuidamos de los niños/as debemos entender que una víctima no solo tiene heridas físicas y emocionales sino que también tiene agujeros en la trama de significantes que constituye

la urdiembre en la que se teje el pensamiento simbólico. En estos casos, el juego más que nunca funcionaría como una especie de hilo conductor con el que se zurcirían aquellos agujeros conceptuales, consecuencia de la invasión energética con que el trauma irrumpió en el psiquismo sin posibilidad de haber sido tramitada. Entender lo que le pasó, eso es lo que un niño/a exige a su juego, eso es lo que un niño/a suplica que le expliquen sus juguetes, sus muñecos. El juego cura los recuerdos dolorosos. El juego pone luz a los enigmas de la vida. El juego anuncia lo que vendrá. Jugando es cómo los niños/as carentes aún de un pensamiento abstracto pueden pensar de forma concreta, porque cada juguete podría llegar a interpretarse como una palabra y cada juego como una oración. Resulta muy interesante observar las secuencias de juegos que un niño/a realiza a lo largo de una tarde, allí se puede vislumbrar qué temas preocupan a su alma y cuáles son las hipótesis explicativas a las que ha arribado. El niño/a vive en un mundo de adultos, gigantes a los que admira y ama pero también a los que teme, odia y no llega a entender en su totalidad. En el mundo de sus juegos, en cambio, él pasa a ser el gigante en comparación con los juguetes a los que puede dominar a su antojo, y es así cómo en estos casos el juego termina siendo un acto saludable mediante el cual el niño/a devastado/a por el trauma vivido recobra su autoestima. Gracias a las posibilidades que le da su fantasía el niño/a víctima resucita y recupera la capacidad de reírse del lobo, del payaso, de la bruja, del cerdo y de cualquier otro representante simbólico de su abusador/a porque llega a comprender que siempre fue superior a ellos. El niño/a víctima en sus juegos ya no tiene que someterse a años de tortuosas audiencias en los Tribunales para mendigar justicia porque logra transformarse en un hombre o en una mujer inteligente, astuto/a y musculoso/a que atrapa a su abusador/a y lo/la manda a la cárcel en menos de lo que canta un gallo. Gracias a su juego, es cómo el niño/a víctima logra recuperar la omnipotencia perdida y pasa de sentirse una basura a sentirse una reina, un rey. Nadie que no se ame a sí mismo puede ser capaz de defenderse y el niño/a abusado/a debe llegar a sentirse alguien especial, único, emocionalmente mucho más fuerte que cualquiera que pretenda hacerle daño para salir adelante y no pensar en suicidarse. El juego abre posibilidades infinitas, esperanzas, y eso es justo lo que se necesita; sobre todo, cuando se está en un campo de concentración, durmiendo bajo el mismo techo que el propio abusador/a. Evidentemente, la lógica del adulto no es la misma que la del niño/a: mientras que los adultos transitan por entre el aquí y el allá, sumidos en infinitas expectativas, los niños/as se mueven por

sobre la actualidad, en el aquí y el ahora, atravesados por lo inmediato, lo urgente, lo que no puede esperar. Las historias épicas, los mitos y todas las leyendas se condensan en el juego del niño/a quien suele hundirse en terrenos pantanosos, debates de los más grandes filósofos; es por eso que nunca es suficiente el tiempo para jugar. Las pequeñas víctimas siempre están intentando entender la vida, saber algo más acerca de sí mismas y de su entorno, acerca de los enigmas más grandes de la humanidad: el amor y la maldad, la vida y la muerte, la sexualidad, el placer, la crueldad, la injusticia... Desde que se levantan hasta que se acuestan los niños/as intentan no rendirse ante las injusticias y cuando no encuentran ningún tipo de respuesta descansan durante horas sumergidos en los videojuegos, demoliendo enemigos, saltando obstáculos y construyendo nuevas realidades en donde las granjas, los animalitos y los espacios verdes virtuales se transforman en una realidad a conquistar. Resulta curioso el instinto de sanidad mental que tienen los niños/as abusados/as en las épocas que corren, en donde parecería que siempre se los pretende adoctrinar para que no cuestionen nada de aquello que nos resultaría incómodo creer. Hace un tiempo atrás, sosteniendo a la señora Mú (una vaca de peluche), una de mis pacientitas abusadas de 5 años, me dijo: "María Cecilia, estoy muy triste, el otro día un amigo del colegio me explicó cómo se hace la carne: unos señores les clavan cuchillos a los animales y los cortan en pedacitos. A mí me dan mucha lástima los animales que sufren. Yo no puedo creer que así se haga la carne que comemos todos los días". Lo maravilloso de este comentario –que bien podría ser una metáfora de cómo nuestra sociedad capitalista se devora a los más débiles– es que aquella niña, a pesar de haber sido víctima desde que era una beba de su progenitor, no haya perdido la capacidad de empatía con el sufrimiento ajeno, ni siquiera con los animales. Así son los niños/as; sobre todo los más pequeños, los que aún no saben leer ni escribir, los que aún no saben de leyes, los que no han logrado desarrollar el pensamiento abstracto que permite a los adultos justificar lo injustificable y anteponer distancias infinitas entre la mente y el corazón. Mientras los grandes vamos de acá para allá ciegos de ambiciones, dormidos e insensibles, ejércitos de niños/as todos los días se dedican a reparar con sus juegos nuestras distracciones. "Mi mamá estaba dormida mientras yo jugaba a secretos prohibidos con mi papá... Mi psicóloga de entonces me explicó que era normal que yo tuviera miedo de que me violaran; según ella, eso tan solo se debía a que yo había visto una película pornográfica... Mi maestra me puso un muy bien diez felicitado cuando en segundo grado

dibujé una casa incendiándose...". Parecería que con tal de no involucrarnos en ciertas y determinadas cuestiones preferimos justificar lo injustificable y después tenemos adultos sumidos en cientos de síntomas (problemas sexuales, adicciones, ataques de pánico, trastornos de alimentación, depresiones...) que corren desesperados por ayuda hasta que, finalmente, después de mucho andar, encuentran a un psicólogo valiente que sabe escuchar el trauma sexual silenciado tras las murallas del inconsciente. ¡Ya basta de pensar que tantísimos pacientes adultos confunden sus fantasías edípicas con recuerdos de un trauma por incesto! ¡Ya basta de interpretar el juego patológico como el producto del divorcio de los padres! La mayoría de los niños/as víctimas de traumas sexuales no son capaces de hablar simplemente porque no cuentan con un vocabulario para describir aquello que han sufrido; por suerte existen los muñecos para ayudarlos a develar su secreto. Así, aquellos quienes apenas deberían saber de la diferencia sexual nos muestran ayudándose de Barbies y Kens el Kamasutra más completo que jamás hayamos visto para contarnos que la paspadura que tienen en la cola está lejos de ser el producto de posibles parásitos, tal como sugirió en reiteradas oportunidades el pediatra. Si se sabe que una quinta parte de la población mundial ha sido abusada, mal que nos pese, en la actualidad existen más de 1000 millones de víctimas desesperadas pidiendo auxilio a gritos cada vez que se drogan y alcoholizan, cada vez que fracasan en vincularse con un otro, cada vez que intentan calmar sus recuerdos en la promiscuidad o en la pornografía, cada vez que asesinan o se asesinan masificándose, resignando su identidad en pos de ser aceptados por quienes en realidad los desprecian. *Juguemos en el bosque mientras el lobo no está...* el juego favorito de tantas generaciones suele replicarse de una u otra manera en los consultorios psicológicos de hoy en día. ¿Simple casualidad? Es verdad que los niños/as tienen una sexualidad; sin embargo, se trata de una sexualidad infantil, ingenua. Ningún niño/a podría fantasear libidinosamente con que un adulto le introduzca el pene en su pequeño cuerpito porque todo niño/a sabe instintivamente que eso le dolería; pero, en cambio, un adulto sí podría ser capaz de trasgredir sus fantasías en la realidad de un niño/a tomándolo como juguete sexual. El goce del perverso no está tan centrado en la genitalidad como en el abuso de poder; este goza sexualmente cuando se siente poderoso frente a un niño, cuando logra engañar a su esposa y a todo el mundo disfrazándose de distintos personajes que van del buen amante y padre de familia hasta el de mejor amigo de todo el mundo. El abusador logra engañar a todos menos a su víctima, por

supuesto, quien siempre lo sufre, quien siempre le teme, quien aún a pesar de su terror lucha desesperadamente por no darse por vencida, gritando por ayuda a través de sus juguetes o disociándose mentalmente para no “volverse loca”. Lamentablemente, no todos los niños/as abusados/as juegan su abuso todo el tiempo: muchos de ellos, sobre todo los más débiles, pueden terminar sucumbiendo a la estereotipia, con lo cual pueden pasar sus horas tal como si fueran verdaderos autistas: haciendo chocar una y otra vez a sus autitos, haciendo interminables luchas de animalitos o simplemente olvidándose de jugar; mientras que otros, los más fuertes y de naturaleza alegre, pueden llegar a empeñarse en jugar una y otra vez a cosas divertidas y banales como un método para descansar de tantos traumas y recobrar fuerzas, renovar esperanzas. Quizás sean estos últimos casos los que más presten a confusión entre aquellos profesionales encargados de evaluar al niño/a, ya que son frecuentes los prejuicios respecto de que todo niño/a abusado/a debería estar jugando siempre y a toda hora a juegos patológicos o sexuales. Los juzgados en donde los niños/as potenciales víctimas de abuso suelen ser evaluados/as por expertos/as en la materia en dos o, a lo sumo y con mucha suerte, en tres sesiones de media hora, son un fiel reflejo de nuestra sociedad *expres* en donde nunca hay tiempo para nada; ni siquiera, para ver debajo de las apariencias. Pero qué se puede esperar de los juzgados si ni siquiera cuentan con una sala acondicionada para niños/as, con los suficientes muñecos y juguetes que les faciliten expresarse aun sin palabras. Aunque parezca mentira, es muy raro encontrar un lobo, una bruja, un payaso, un cerdo u otro símbolo del abusador en las grises y oscuras oficinas en donde los niños/as víctimas suelen ser evaluados para corroborar si efectivamente fueron o no abusados/as. A estas alturas de la historia en donde se hace tanto hincapié en los derechos de los niños/as parecería que esto, lejos de ser una mera casualidad, podría interpretarse como el resultado de un tipo de ideología patriarcal cuyo único objetivo sería el de silenciarlos y taparles la boca a todo aquel que quiera ayudarlos. ¡Cuánta falta de respeto a la infancia! A un niño/a no se lo debería evaluar en menos de diez sesiones y en un ambiente adecuado a sus necesidades. “¿Cómo me iba a animar a jugar, a dibujar o a hablar de mi secreto ante una desconocida perito psicóloga que muy neutral y solemne desde su escritorio me observaba como a un bicho raro mientras tomaba notas de cada uno de mis movimientos?”, me dijo una joven de 28 años víctima de abuso sexual en su infancia por parte de su progenitor, un señor que en su momento no solo fuera sobreseído libre de culpa y cargo sino a

quien, además, debió seguir visitando porque no se halló ninguna prueba en su contra... Todas estas cuestiones más los profesionales faltos de formación y de ética fueron los que me motivaron a escribir este libro. Los pacientitos/as abusados/as que durante mis 21 años de profesión me han honrado al pedirme ayuda son quienes me impulsaron a escribir este libro. Todos los niños/as, nuestros futuros profesionales y mandatarios/as, son quienes me han motivado a escribir este libro. Porque cada niño/a es un eslabón con el cual estamos construyendo nuestra sociedad y cuanto más sepamos respetar el derecho que tienen a ser escuchados en su lenguaje natural, el juego, más podremos ser capaces de darles lo que necesitan para que puedan transformarse en adultos sanos y pacíficos, evolucionados, felices, amorosos y sabios, empáticos y respetuosos del dolor ajeno y de los derechos humanos.